

Cristo, el hombre y la Iglesia bajo el prisma de la reforma. Algunas reflexiones patrísticas

Patricio de Navascués
Facultad de Teología San Dámaso (Madrid)

El concepto de *reforma* tiene una historia muy antigua y, en general, alude a la necesidad que pueden experimentar las personas, los pueblos, las instituciones, los objetos, las situaciones, etcétera, de cambiar sus circunstancias presentes corruptas por los rasgos y características idóneas del origen, de cara a realizar mejor el fin en virtud del cual existen.

Ha abarcado diversos campos: social, político, jurídico, teológico, histórico, filosófico.¹ En el dominio de las ciencias eclesiásticas, cuando se habla de la *Reforma* se entiende por norma un período de la historia de la Iglesia. En realidad, es bien sabido que la Iglesia no ha dejado de experimentar nunca *reformas* con mayor o menor éxito, que merecieron desde muy pronto el ser tildadas con dicho nombre. Recordemos sin ir más lejos las *reformas* medievales monásticas.²

En el presente trabajo se pregunta por la *reforma* en la época patrística, una época en la que, sobre todo, en los tres primeros siglos, la vida cristiana se experimentaba como una unidad. Todas las dimensiones que hoy somos capaces de distinguir (vida espiritual, historia de la Iglesia, organización de la Iglesia, cristología, antropología, visión del mundo, teología pastoral, martirio...) se recibían, vivían y reflexionaban simultáneamente. Tal vez resulte así porque la plantación de la Iglesia la sorprendemos en sus inicios, en su tronco, aún no dispersa por las ramas.

¹ Cf. C. Zimmermann, *Reform*, en *Historisches Wörterbuch der Philosophie* VIII, Darmstadt 1992, cc. 409-416.

² Cf. J. Miethke, *Reform, reformation*, en *Lexikon des Mittelalters* VII, München 1995, cc. 543-550.

1. CRISTO, REFORMADOR DEL HOMBRE

El concepto de *reforma* en la época patristica no alude derechamente al intento de renovar la Iglesia tratando de llevarla a la pureza original. Antes que nada dicho concepto se nos presenta con un sello netamente cristológico: el Verbo encarnado, Cristo, es el único y verdadero *reformador*.³ Mediante todos los misterios que vive desde la encarnación hasta la ascensión él *reforma* la humanidad: primero, en su propio cuerpo *personal*, como en primicia; después, con el envío del Espíritu Santo, en su cuerpo *misterioso*, que es la Iglesia. Así, la Iglesia nace en Pentecostés gracias a la renovación de la humanidad lograda en y gracias a Cristo. Podríamos decir entonces —y a sabiendas de que toda generalización es imprecisa— que para los Padres el significado eclesiológico de *reforma* es importante, pero secundario, y deriva *recta via* del dominio cristológico.

Al igual que ninguno de entre los primeros cristianos gustaría de presentarse ante los de su propia Iglesia como *fundador*, lo mismo podría decirse a propósito de este otro título de *reformador*. Sabían bien que *fundamento* único era Cristo; y *fundadores* los apóstoles enviados por Cristo. Fundar algo dentro de la Iglesia *ya fundada* equivaldría a escorarse por la vertiente sectaria o herética. Por otro lado, sólo convenía *reformar* lo que estaba falto de su forma definitiva o necesitado de enderezamiento, pero la Iglesia recién manifestada a partir de Pentecostés, nacía perfecta en su cabeza: Cristo; perfecta en su anuncio: el Evangelio; y perfecta en su modo de transmitirlo y conservarlo íntegro: el carisma apostólico. Nadie querría, entre antiguos, *fundar* o *reformar* lo que había sido fundado y reformado por Cristo y confiado a los apóstoles. Tales actividades interesaban directamente a la relación única que mantenía el Creador —el Padre o también el Hijo— con la criatura. Después de san Agustín y casi a modo de eslogan se repetirá hasta la saciedad por diversos Padres y autores medievales: *quien fue tu creador, él mismo será tu reformador*. El lema es tardío; la idea formaba parte de la Iglesia naciente.

En general, dos presupuestos gobernaban el pensamiento de la gran mayoría de los Padres prenicenos acerca de la labor formadora. Según el primero el autor inmediato de cualquier *reforma* sólo

³ Cf. las páginas que A. Orbe dedica a Cristo *Reformador* en *Cristología gnóstica* I, [BAC 384], Madrid 1976, pp. 153-177.

podía ser el Hijo, el Verbo. Siendo *por naturaleza* Dios era tan invisible como el Padre y tan ilimitado como Él; pero siendo *personalmente* el Hijo se caracterizaba precisamente por ser la Medida del Padre, Su Imagen, Su Forma, Su Rostro. Podría *formar* sólo Aquél que era la *Forma*. El segundo presupuesto es de corte antropológico: el hombre fue creado *a imagen de Dios*, es decir, teniendo como modelo al Hijo, que es la Imagen y la Forma del Padre. La *reforma* se origina precisamente para poder llevar a término la *formación* que se dio al principio y conducir al hombre hasta la Medida de Dios, hasta el Hijo.⁴

Algunos Padres (de tradición *asiática*)⁵ se complacerán en situar esta *imagen*, esta *forma* en el aspecto más visible del hombre: en su cuerpo, que es también el elemento más débil. Habrá otros (de tradición *alejandrina*)⁶ que preferirán colocar la *imagen* en el elemento superior e interno del hombre: el alma. El discurso girará aquí, sobre todo, acerca de los primeros, más entroncados directamente con las tradiciones paulina y johannea, aunque también prestaré atención a los segundos.

⁴ Cf. A. Orbe, *Antropología de san Ireneo*, [BAC Normal 286], Madrid 1969, pp. 89-117.

⁵ Son los Padres familiarizados de primera mano con las tradiciones nacidas en Asia Menor, a raíz de la predicación de Pablo y de Juan y de los llamados presbíteros. Representante precípuo es Ireneo de Lyon. Antes de él se observan numerosos elementos semejantes en muchos de los Padres Apostólicos, en Ignacio, Hermas, Justino, Teófilo. A esta tradición pertenecen también Melitón, Hipólito, en parte Tertuliano, Victorino de Petovio y adentrándose ya en el s. IV autores como Gregorio de Elvira o Aurelio Prudencio. Dicha tradición difundida en muchas iglesias en el s. II fue perdiendo peso a medida que la tradición alejandrina se fue extendiendo por el Oriente (a partir de la segunda mitad del s. III) y el Occidente (a partir de la segunda mitad del s. IV).

⁶ Orígenes (cuya actividad se concentra casi totalmente en la primera mitad del s. III) pasa por ser el más representativo de esta tradición, que ya había empezado en cierto modo con el judío Filón de Alejandría y más tarde con Clemente Alejandrino. La discutida herencia del pensamiento de Orígenes no fue obstáculo para que la mayor parte del Oriente cristiano en el s. IV respirara a través de sus doctrinas (Basilio de Cesarea, Gregorio de Nisa, Gregorio de Nacianzo...). Jerónimo y Rufino, a partir de finales del s. IV, hicieron la labor de traducción (mediación) de las obras de Orígenes al occidente. Ya antes un autor de la prestancia de Ambrosio, formado en la cultura cristiana de los Capadocios, había comenzado a difundir la tradición origeniana en tierras de Italia.

La *reforma* llevada a cabo por Cristo puede entenderse de modo vario. Señalemos, al menos, tres modos.

(1) Un tipo de *reforma* es el que Cristo realiza en la medida en que redime. Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, otorga la reconciliación y devuelve al hombre la inocencia del origen. Está concisamente formulado en estas líneas de Firmico Materno, *De errore profanarum religionum* 25, 1-2:

Por qué sucedió que Dios, esto es, el Hijo de Dios, se hiciera hombre lo mostraré a vuestra piedad [a los emperadores] con brevedad y verdad. Cuando Dios hizo al primer hombre, Adán, a Su imagen, le dio una determinada ley con mandamientos. Éste, por medio de la mujer, Eva, engañado por las seducciones del diablo perdió la dignidad de la gloria prometida para sí; había en el paraíso un árbol que causó la pérdida de la gracia de los premios prometidos por Dios [al hombre]. El hombre había sido hecho a partir de un limo procedente de tierra virgen. En efecto, como dice la Escritura, aún no había llovido sobre la tierra (cf. Gn 2, 5). Así, una vez despreciados los mandamientos de Dios, el género humano quedó arruinado en los lazos de la muerte. Convenía que todo esto fuera reformado y corregido y la reforma tuvo que reformar los mismísimos comienzos (*oportebat hoc totum et reformari et corrigi et reformatio originis debuit reformare primordia*). Adán, hecho del barro de tierra virgen, por su propia prevaricación, perdió la vida prometida; Cristo, nacido por medio de la virgen María y del Espíritu Santo, recibió la inmortalidad y el reino. El árbol del madero prestó alimento pestífero a los engañados; el árbol de la cruz restituyó la vida al organismo inmortal. Adán despreció a Dios, Cristo le obedeció. Así, por la divina providencia, lo que perdió Adán Cristo lo encontró.⁷

La lógica de la *reformatio* sigue paso a paso aquella de la *creatio*. Como el primer Adán de tierra virgen, por medio de Eva, cedió a la persuasión del espíritu malo, o sea, el diablo y prevaricando perdió la dignidad y las promesas, así el nuevo Adán, nacido de virgen, por medio de María y el Espíritu bueno y santo, obedeciendo recibió el reino y las promesas. No vino a salvar sino lo que había sido *deformado* en el origen. Una tierra virgen, una mujer, un espíritu, un árbol, un hombre estuvieron presentes tanto en la creación como en la reforma obradas por Dios.

Con un pensamiento semejante, se había expresado mucho antes Teófilo de Antioquía. La primera *formación, plasmación* (indicadas con el verbo πλάσσω) se vio tocada y dañada por el pecado, hecho que provoca la necesidad de ἀναπλάσσω, que podríamos traducir literalmente por *replasmar* o *reformar*. Se expresaba así el obispo antioqueno, *A Autólico* II, 26, 1-3:

⁷ Firmicus Maternus, *De errore profanarum religionum* 25, 1-2, ed. C. Halm [CSEL II], Vindobonae 1867, 117-118. (Cursiva mía).

También Dios otorgó un gran beneficio al hombre, el que no permaneciera siempre en pecado, sino que lo expulsó del Jardín, a semejanza en cierto modo de un destierro, para que en un tiempo determinado pagara el pecado mediante el castigo, y así, educado, fuera otra vez llamado (ἐξ ὑστέρου ἀνακληθῆ). De ahí que formado (πλασθέντος) el hombre en este mundo, a modo de misterio se escribe en el Génesis como si hubiera sido puesto dos veces en el Jardín. Para que la primera vez se cumpliera cuando fue puesto allí; mientras que la segunda se cumpliría con la resurrección y el juicio. Y no sólo esto sino que, como un vaso después de formado (πλασθέν), si tuviere un defecto se vuelve a fundir o a formar (ἀναχωνεύεται ἢ ἀναπλάσσεται) para que resulte nuevo e íntegro (καινὸν καὶ ὁλόκληρον), así sucede también con el hombre por la muerte, virtualmente se lo hace pedazos para que se encuentre sano en la resurrección, es decir, limpio, justo e inmortal (ἄσπιλος καὶ δίκαιος καὶ ἀθάνατος).⁸

Adán llamado a la vida pecó. La expulsión del Jardín se presenta no como un simple castigo, sino más bien como un castigo *muy beneficioso*, a través del cual el hombre, educado, sería *revocado*, llamado de nuevo (ἀνακληθῆ) a las promesas. Este misterio encubre el misterio de la *replasmación* que supone la resurrección para el hombre que, por el pecado, estaba encerrado en la muerte. Esta *reforma* tiene por objeto hacer del *vaso* que es el hombre algo *limpio, justo e inmortal* en la resurrección. El misterio de la doble implantación del hombre en el Jardín (cf. Gn 2, 8 y 2, 15) encubría ya, según Teófilo, esta doble labor de un Dios creador y reformador.

(2) Una segunda acepción vincula la reforma de Cristo estrictamente con la Ley mosaica. Él aparece como el *reformador* de la Ley veterotestamentaria, promulgada a partir de Moisés, en la medida en que supo corregir todo aquello que en la Ley derivaba de la dureza de corazón del hombre viejo y de lo transitorio de las disposiciones acomodaticias del Dios bueno de Israel, ofrecidas al hombre a modo de *sombra* de una verdad futura, que habría de traer sólo Él —Cristo— en sus misterios en carne. Véase como muestra Hb 9, 9-10:

Todo ello es una figura del tiempo presente, en cuanto que allí se ofrecen dones y sacrificios incapaces de perfeccionar en su conciencia al adorador, y sólo son prescripciones carnales, que versan sobre comidas y bebidas y sobre abluciones de todo género, impuestas hasta el tiempo de la *reforma* (μέχρι καιροῦ διορθώσεως),

o también en la misma línea Mt 19, 8:

Por vuestra dureza de corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio (ἀπὸ ἀρχῆς) no fue así.

⁸ Teófilo de Antioquía, *A Autólico*, ed. J.P. Martín [Fuentes Patristicas 16], Madrid 2004, pp. 162-165 (con alguna modificación).

Estos y otros pasos neotestamentarios reflejan la atmósfera en la que se forjó la comprensión que muchos de los primeros Padres de la Iglesia tuvieron de la Ley mosaica. Véase, por citar un ejemplo, el caso de Justino en *Diálogo con Trifón* 19, 6; 20, 1; 22, 1. 11; 23, 1-2:

De ahí que Dios, acomodándose a aquel pueblo (*ἀρμοσάμενος πρὸς τὸν λαόν*), mandó que se le ofrecieran también sacrificios, como a su nombre, a fin de que no idolatráis... También, pues, el sábado os lo ordenó Dios para que tuvierais memoria de Él... Igualmente os mandó absteneros de ciertos alimentos, a fin de que aun en el comer y beber tuvierais a Dios ante los ojos, como quiera que sois inclinados y estáis siempre prontos a apartaros de su conocimiento... Por los pecados de vuestro pueblo y por sus idolatrías, no porque Él tenga necesidad de semejantes ofrendas, os ordenó igualmente lo referente a los sacrificios... Así, pues, ni recibe de vosotros sacrificios, ni os mandó al principio hacerlos por estar necesitado, sino por causa de vuestros pecados. El mismo templo de Jerusalén, no lo llamó Dios casa y morada suya porque lo necesitara, sino porque, atendiendo vosotros a Él por lo menos allí, no os dierais a la idolatría... Si no admitimos esto así, tendremos que caer en pensamientos absurdos; por ejemplo, que no es el mismo el Dios de Enoc y de todos los otros que no guardaron la circuncisión carnal ni los sábados y demás prescripciones de la ley, pues fue Moisés quien mandó que todo eso se guardara; o bien que no ha querido que todo el género humano practicara siempre la justicia. Lo cual, evidentemente, es ridículo e insensato. En cambio, se puede decir que, aun siendo siempre el mismo, por causa de los hombres pecadores, mandó que se cumplieran esas y otras cosas por el estilo, y afirmar que Él es benigno y previsor, y no necesitado, justo y bueno.⁹

Según Justino, Cristo vino a reformar todo aquello que había dispuesto anteriormente desde la época de Moisés. Eran disposiciones que surgieron en razón de la bondad y previsión de Dios que se acomodó a la querencia idólatra y servil del pueblo que salió de Egipto. Antes no había tenido necesidad Dios de tales prescripciones, *al principio no fue así*. En cierto modo, Cristo devolvió al hombre a la condición de la época patriarcal, en la que, sin necesidad de ninguna prescripción mosaica, agradaban igualmente a Dios viviendo en obediencia, teniendo los ojos fijos en Él. El tiempo de la *reforma* o *corrección* a que aludía Hb 9, 10, llegó ciertamente con la época de Cristo.

⁹ Texto y traducción en *Padres Apologetas*, ed. D. Ruiz Bueno [BAC 116], Madrid 1954, pp. 333. 335. 339; véanse al respecto las páginas de J. Granados, *Los misterios de la vida de Cristo en Justino Mártir*, Roma 2005 [Analecta Gregoriana 296], pp. 99-111.

Que todos estos pasajes de *Carta a los Hebreos*, *Evangelio según san Mateo*, Justino y otros muchos que no he citado no son construcciones abstractas ni lucubraciones teológicas carentes de base lo prueba el hecho de que los cristianos comenzaron a vivir así, sin toda esa serie de prescripciones culturales, o mejor aún, llevando de un sentido mucho más profundo y pleno todas aquellas normas mosaicas.¹⁰ Nacieron, por decirlo así, *reformados* en sus costumbres y leyes.

(3) Aún se atisba una tercera labor reformadora al margen del pecado del origen y de la dureza de corazón de Israel que consiste no tanto en purificar o en reprimar las criaturas devolviéndolas a las condiciones del origen, sino, más bien, en no dejar de formarlas una y otra vez hasta poder llevarlas a su destino. En este sentido, la labor *reformadora* de Cristo comienza con la que algunos autores llamaron *creación segunda* (diferenciación progresiva en especies a partir del primer substrato), distinta de la *creación primera* (de la nada).

La *primera creación*, en efecto, concierne sólo al acto en virtud del cual el Padre de la nada llama a la existencia a la materia, germen de la futura creación entera. Tal creación sale tan inocente como informe y necesitada de subsistencia y dinamismo. Será el Hijo el encargado de otorgar con su persona la *forma* a cada una de las distintas criaturas, dotándolas a su vez del Espíritu que las *dinamiza* para que puedan alcanzar el fin para el que fueron creadas. Esta labor conjunta (*creación segunda*) de Hijo y Espíritu, manos del Padre, se sostiene durante toda la historia, dando lugar a una continua *reformatio* de la materia, y, de modo particular, del

¹⁰ Por ejemplo, frente a un día —el sábado— dedicado al Señor, el cristiano entendía que era *todo el tiempo de su fe* el que había de vivir como si fuera *sábado*, o sea, sin cumplir *obra servil*, es decir, un pecado. O también, en lugar del templo de piedras localizado en Jerusalén, el cristiano estaba llamado a adorar a Dios en el templo de su cuerpo bautizado y lleno del Espíritu Santo, sin ninguna limitación espacial. Puede verse mi artículo, *El templo del cristiano. Sobre la vida litúrgica*, en *Revista española de teología* 66 (2006), pp. 27-58.

Huelga decir que todas estas *reformas* no se acogieron con la misma facilidad e intensidad ni en la misma época ni en todas las iglesias; y que los conflictos con judíos y judeocristianos dependen, en buena parte, de la interpretación que los cristianos hicieron de las leyes mosaicas.

hombre, llamado a recibir un día, en su barro original, la forma y dinamismo propios del mismo Dios.¹¹

Véanse estas líneas de Tertuliano, *De resurrectione carnis* XI, 10:

En cualquier caso es idóneo para rehacer el que hizo (*utique idoneus est reficere qui fecit*), dado que es más hacer que rehacer, haber dado el inicio que volver a darlo. De este modo, estarás dispuesto a creer que es más fácil la restitución de la carne que su creación (*restitutionem carnis faciliorem credas institutione*).¹²

Tertuliano en polémica con los que rechazaban la resurrección de la carne, se remonta a la labor del principio, en la que Dios crea a partir de la nada (*ex nihilo*). Retóricamente, concede incluso Tertuliano que Dios no hubiese creado a partir de la nada, sino de una materia subyacente. Y concluye que en cualquiera de los dos casos Dios es idóneo para recrear; Él, que fue quien creó es el que no deja después de recrear. Quien pudo lo más, podrá lo menos. Se vale de los sustantivos *reformatio* (*ibid.* XI, 7) y *restitutio* (*ibid.* XI, 10) y del verbo *reficio* (*ibid.* XI, 10).

Quien dio el inicio, quien *formó* al hombre, a partir del polvo, hizo lo más. Por eso, podrá lo menos, volver a dar vida al hombre *reformándolo*, rehaciéndolo, restituyéndolo a la vida a partir de las cenizas. El hombre fue puesto en la creación con una vocación de perfeccionamiento por delante.¹³ Fue formado a partir del barro para llegar un día a adquirir la Forma de Dios en su carne. Sólo al Hijo, que es Imagen (Forma) del Padre, y que, por eso, dejó su impronta en aquel barro recién creado, compete otorgar al final del camino la Forma definitiva al hombre hecho de barro.

En este tercer tipo de *reforma* han de integrarse los dos primeros a que hemos hecho referencia: la reforma del pecado del origen y la reforma de la Ley mosaica. Al final, existe un único *Reformador* con eficacia múltiple, según el momento y el hombre sobre el que actúe.

¹¹ Cf. A. Orbe, *Introducción a la teología de los siglos II y III*, Salamanca 1988, pp. 127-142 (en particular p. 141).

¹² Texto latino en *Tertulliano. La resurrezione della carne*, a cargo de P. Podolak, Brescia 2004, p. 60.

¹³ Entiéndase un hombre llamado a una perfección de tipo *físico*, no *ético*. Por eso inocente, porque era bueno, muy bueno. Pero siendo muy bueno, aún no era *semejante a Dios* en su *physis*, en su pobre naturaleza de limo, y por eso imperfecto o perfectible desde el punto de vista *físico*, con capacidad para crecer, capacidad y necesidad de obedecer libremente a Dios.

2. CRISTO, REFORMADOR DE LA TIERRA

No se puede hablar del hombre sin hablar de la tierra de que fue hecho. La tierra precedió al hombre y sostiene al hombre. Reformar al hombre es también reformar la tierra. La tierra entera, la creación ejerce de madre del hombre. Lo dejó claro el apóstol Pablo, escribiendo a los Romanos 8, 19-23:

Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto (συστενάζει καὶ συνωδίνει). Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos (στενάζομεν) en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo.

La historia entera es vista como un largo parto en el que tanto la tierra madre como los hombres gimen (στενάζω) hasta adquirir su forma definitiva. La tierra aspira a convertirse en la casa de todos los hombres, donde el Padre habite con sus hijos, tal cual lo declara el Apocalipsis 21, 1-4:

Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva (οὐρανὸν καινὸν καὶ γῆν καινὴν) —porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron (ὁ γὰρ πρῶτος οὐρανὸς καὶ ἡ πρώτη γῆ ἀπῆλθαν) y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén (τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν Ἱερουσαλὴμ καινὴν), que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo (ἡτοιμασμένην ὡς νύμφην κεκοσμημένην τῷ ἀνδρὶ αὐτῆς). Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Ésta es la morada de Dios (ἡ σκηνὴ τοῦ θεοῦ) con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque las cosas primeras pasaron (τὰ πρῶτα ἀπῆλθαν)».

El texto del Apocalipsis da pie a pensar toda la historia como una continua *renovación*. Las cosas primeras pasaron. Los primeros cielos y tierras del inicio, del Génesis, de donde fue hecho el hombre, experimentaron una larga y dilatada preparación, donde Dios fue ataviando a la creación hasta darle su última y definitiva forma como *ciudad santa*. En ésta todo es *nuevo*, lo viejo —lo primero— pasó. Esta Jerusalén celeste es el punto final y el objetivo de toda la creación y renovación —*reformatio*— precedentes. A ésta también se refería el Apóstol en la carta a los Gálatas 4, 26:

Pero la Jerusalén de arriba es libre; ésa es nuestra madre.

Dios no dejará nunca de recrear todas las realidades creadas hasta que adquieran un estado definitivo e incommovible, tal como recuerda la carta a los Hebreos 12, 26-27:

Mas ahora hace esta promesa: *Una vez más haré yo que se estremezca* no sólo la *tierra*, sino también *el cielo*. Estas palabras, *una vez más*, muestra el cambio de las cosas conmovidas, en cuanto que son realidades creadas (τὴν τῶν σαλευομένων μετάθεσιν ὡς πεποιημένων), a fin de que permanezcan las incommovibles.

Una larga tradición de Padres de la Iglesia eran amigos de entender toda esta historia como algo previsto por Dios. Dios tenía desde antiguo el esbozo de la definitiva Jerusalén. Así le dio a conocer a Moisés en *tipo* (παράδειγμα, τύπος) todo cuanto Él quería para su tienda, para su morada (cf Éx 25, 9. 40) y la tenía como tatuaje impresa en las palmas de sus manos, según cuenta Is 49, 16. Esto genera una historia de progresiva construcción de la *ciudad santa*, de la *morada de Dios*. Podríamos distinguir tres momentos a lo largo de esta continua edificación.

El primero de ellos se deja ver en la teofanía de Dios a Moisés. Allí le entregó el *tipo* de una ciudad que habría de tardar milenios en construir. Este tipo queda plasmado en la Jerusalén, construida por Salomón, conforme a la ley de Moisés. De esto se hace eco, por ejemplo, san Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses* V, 35, 2:

En pasando, pues, éstos, dice Juan, el discípulo del Señor, que sobre la tierra nueva descende la Jerusalén superior, como esposa engalanada para su marido; y es éste el tabernáculo de Dios, en que habitará Dios con los hombres. Imagen de esta Jerusalén era la Jerusalén de la tierra precedente en que los justos se disponían a la incorruptela y preparaban a la Salud. Moisés recibió en el monte (cf. Éx 25, 40; Hb 8, 5) el modelo de este mismo tabernáculo.¹⁴

El segundo momento corresponde a la Jerusalén terrestre, pero renovada con la venida gloriosa de Cristo. Cristo es el agente de tal reforma. Esta Jerusalén es la destinataria de las promesas de Baruc 4, 36-5, 9 y ha de coordinarse con el reinado de los justos contado por Apocalipsis 20, 4-6. Todas estas promesas no pueden volatilizarse ni dejar de cumplirse en la tierra y en la carne de los justos. Así se expresa en *Adversus Haereses* V, 35, 2:

Ninguna de estas cosas¹⁵ tiene significado en las regiones supracelestres —«porque Dios», dice Baruc 5, 3- «mostrará tu resplandor a toda la región

¹⁴ Cf. A. Orbe, *Teología de san Ireneo* III, [BAC 33], Madrid 1988, pp. 541. 543.

¹⁵ Ireneo se refiere a la larga serie de promesas enunciadas por Baruc 4, 36-5, 9 que acaba de relatar en V, 35, 1.

infraceleste»—; tiene significado en la tierra revocada (restituida) para los tiempos del reino por Cristo y en la Jerusalén reconstruida (*revocata terra a Christo et reaedificata Hierusalem*)...

Ahora bien, Ireneo precisa inmediatamente que esta Jerusalén terrestre y reformada han tenido un patrón al que ajustarse una *forma superior* a la que conformarse. Ésta coincide con el tercer momento y la tercera y definitiva Jerusalén, a saber, la que tenía *en mente* Dios cuando entregó el *tipo* de ella a Moisés, la que *siempre* tenía además *en sus manos* como cuenta Isaías, la que vio Juan descender al final de toda la historia, la que Pablo califica como madre libre y Jerusalén de arriba. Por eso, según Ireneo, *Adversus Haereses* V, 35, 2, la reforma de esta Jerusalén segunda se había hecho:

según el carácter de la Jerusalén superior (*secundum characterem quae sursum est Hierusalem*). Sobre la cual el profeta Isaías dice 49, 16: «Ved que dibujé tus muros en mis manos, y estás siempre en mi presencia». Igualmente el Apóstol, en la carta a los Gálatas 4, 26: «En cambio, la Jerusalén superior es libre, la que es madre de todos nosotros». ¹⁶

Con tal consumación de la historia, se cumple también lo dicho por el Apóstol Pablo en 1 Co 7, 31: «Pues pasa la figura de este mundo» (*praeterit enim habitus huius mundi*) o Mt 26, 35 donde el mismo Jesús anuncia: «Tierra y cielo pasarán» (*terra et caelum transiet*). Ireneo entiende bien que una cosa es la forma, la figura, el carácter (*habitus, character*) y otra la sustancia, la materia. Decir que pasa la *forma* implica que la *materia* y la *sustancia* no pasan, sino que se transforman o, si se quiere, no dejan de *reformarse*, cf. *Adversus Haereses* V, 36, 1:

En efecto, no desaparece el substrato ni la materia de la creación —verdadero y firme como es quien la estableció—, sino que (1 Co 7, 31) *pasa la figura de este mundo*, a saber (del substrato y materia) en que tuvo lugar la transgresión, pues en ellos envejeció el hombre. Presciente Dios de todo, hizo la figura actual sujeta al tiempo, según declaramos en el libro anterior, donde indicamos en lo posible la razón de lo efímero de la demiurgia del mundo. Una vez que pase esta figura y se renueve el hombre y madure para la incorruptela, de suerte que ya no pueda envejecer (Is 65, 17), *habrá un cielo nuevo y una tierra nueva*, en los que perseverará el hombre nuevo, conversando siempre novedades con Dios. ¹⁷

Estas líneas de Ireneo nos permiten incluso alargar la labor reformadora de Dios, de Cristo hasta los orígenes mismos de la creación. Ya antes de plasmar al hombre, sabedor de la fragilidad

¹⁶ Cf. A. Orbe, *Teología de san Ireneo* III, pp. 516-523.

¹⁷ Cf. A. Orbe, *Teología de san Ireneo* III, pp. 554-573.

congénita del hombre que, movido por el engaño del Malo, le llevaría al pecado y a abrigar consigo la causa de su envejecimiento y propia muerte, Dios desplegó una tierra pasajera, efímera, llamada a renovarse paulatinamente y junto con el hombre, hasta alcanzar el culmen, allí cuando el cielo baje a la tierra, se confunda con la tierra y Dios mismo ponga su morada con los hombres.

Desde este punto de vista, para algunos Padres de la Iglesia (podríamos incluir aquí a Justino, Teófilo, Ireneo, Tertuliano...) el mundo fue hecho con vistas a la *reforma continua*. Fue hecho *perfectible*. Y, sobre él, fue puesto un hombre, tan inocente como perfectible en su carne. Mundo y hombre necesitados de la continua *reformatio* que Dios actuaba en ellos por medio de su Hijo, pues el Hijo es la *forma* del Padre. Sólo al Hijo compete *reformatar*, dotar de forma, progresivamente al mundo y al hombre para que éstos adquieran un día la forma definitiva.

Esta historia de progresiva formación que comparten hombre y tierra quedó muy bien reflejada en unas líneas de Teófilo de Antioquía, *A Autólico* II, 24, 6-7:

Dios lo trasladó (μετέθηκεν) [al hombre recién plasmado] al Jardín desde la tierra de la que había sido hecho, otorgándole una tendencia de progreso, para que, creciendo y llegando a ser perfecto y hasta declarado dios, subiera así al cielo, teniendo eternidad. Pues el hombre fue hecho intermedio, ni del todo mortal ni completamente inmortal, capaz de ambas cosas; así como su lugar el Jardín, en cuanto a su belleza, fue hecho intermedio entre el mundo y el cielo.¹⁸

El traslado de la tierra al Jardín (μετέθηκεν) que tuvo lugar al inicio de la historia recuerda a los aludidos por Hb 12, 26-27 (cf, *supra*, μεταθεσις) al final de la misma. No dejó nunca, pues, Dios de trasladar al hombre y a la tierra, transformándolos con impulsos de progreso, para que un día llegasen a ser dios y cielo. En otro lugar (cf. *A Autólico* II, 22, 2. 6), Teófilo indicará que el mismo Verbo de Dios, rostro del Padre, forma visible del Padre invisible, era el que entraba en relación con Adán en los días del Jardín llevando a cabo con él una labor de continua formación, plasmación.

Por consiguiente, cualquier *reforma* que tenga lugar a lo largo de la historia habrá de entenderse entre estos extremos de salvación: de la tierra original de que fue hecho el hombre hasta el cielo

¹⁸ Cf. *Teófilo de Antioquía. A Autólico*, ed. J.P. Martín [Fuentes Patristicas 16], Madrid 2004, pp. 158-161.

y tierra nuevos donde, semejante a Dios y plantado en la tierra, conversará el hombre eternamente novedades con Dios.

3. OBJECIONES A LA REFORMA DE CRISTO

Vinculando de este modo la reforma no sólo con la mediación del Verbo, sino más específicamente con su mediación como Verbo *encarnado*, los cristianos dejaban flanco abierto para las críticas de los paganos. La primera se resumía en la célebre cuestión: *cur tam sero?* Es decir, si Dios es bueno, y el mundo está necesitado de reforma, ¿por qué esperó Dios tanto a llevarla a cabo por medio de la Encarnación? De este modo contesta, por ejemplo, el autor anónimo de *A Diogneto IX*, 1. 6:

Una vez que todo lo hubo dispuesto en sí junto con su Hijo, permitió que hasta el tiempo establecido nos dejásemos llevar a nuestro antojo por tendencias desordenadas, guiados por los placeres y las pasiones. Él no se complacía en nuestros pecados sino que tenía paciencia; Él no aprobaba aquel tiempo de la injusticia sino que estaba creando el tiempo presente de la justicia para que, después de haber experimentado en aquel tiempo, a partir de nuestras propias obras, que éramos indignos de la vida, nos hagamos ahora dignos por la bondad de Dios, y para que, después de habernos mostrado incapaces por nosotros mismos de entrar en el reino de Dios, lleguemos a ser capaces por el poder de Dios... Así pues, mostró en el tiempo establecido que nuestra naturaleza era incapaz de alcanzar la vida y ahora manifestó al Salvador, capaz de salvar incluso lo que no se puede.¹⁹

De otro tenor, complementario, la respuesta de Orígenes en *Contra Celso IV*, 3. 4:

Y es así que en todo tiempo, por su palabra, que desciende a las almas santas a lo largo de las generaciones y hace amigos de Dios y profetas (cf. Sb 7, 27), Dios endereza (ἐπανορθοῖ) a los que oyen lo que se les dice... Nosotros no nos avergonzamos de decir que Dios está continuamente enviando correctores a la humanidad (ἀεὶ μὲν πέμπει τοὺς ἐπανορθωσομένους); pues que haya entre los hombres palabras que provocan a lo mejor, a don de Dios se debe. Mucha es, sin embargo, la diferencia entre los ministros de Dios, y pocos son los que con entera pureza predicán la verdad y operan una corrección completa (τὴν παντελεῖ ἐπανόρθωσιν). Entre éstos hay que contar a Moisés y a los profetas. Pero sobre todos éstos descuella la corrección operada por Jesús (παρὰ δὲ τούτους πάντας μεγάλη ἡ διὰ τοῦ Ἰησοῦ ἐπανόρθωσις), que no quiso curar sólo a los que vivían en un rincón de la tierra, sino, en

¹⁹ Texto griego en *A Diognète*, ed. H.I. Marrou [SC 33 bis], Paris ²1965, pp. 72. 74; traducción española por J.J. Ayán, en *Padres Apostólicos*, [Biblioteca Patristica 50], Madrid 2000, pp. 565-566.

cuanto de Él dependió, a todo el mundo; pues vino como *salvador de todos los hombres* (1 Tm 4, 10).²⁰

Aún distinta es también la respuesta de Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica* I, 2, 17-18. 21. 22. 23:

Mas, ¿por qué no fue predicado [el Verbo] antes, antiguamente, a todos los hombres y a todas las naciones, lo mismo que lo es ahora? Quizás pueda esclarecerlo esta respuesta: la vida primitiva de los hombres era incapaz de hacer un sitio a la enseñanza de Cristo, todo sabiduría y virtud. En efecto, al menos en los comienzos, después de su primer tiempo de vida dichosa, el primer hombre se desentendió del mandato divino y se precipitó en este vivir mortal y percedero... con excepción de uno o dos en alguna parte, fueron manifiestamente degenerando y llegaron a tener una conducta propia de bestias y una vida intolerable... Entonces, el mismo Verbo preexistente, por un exceso de amor a los hombres se manifestó a los seres inferiores... por intermedio de éstos [los judíos] la semilla de la religión se extendió a una muchedumbre de hombres y surgió de los primeros hebreos de la tierra una nación entera que se aferró a la piedad de Dios, por medio del profeta Moisés... mas su ley [la de Israel] cobró fama y como brisa fragante se difundió entre todos los hombres. Entonces ya, a partir de ellos, las mentes de la mayoría de las gentes se fueron suavizando por influjo de legisladores y filósofos de aquí y de allá y la condición propia de animales rudos y salvajes se fue cambiando en suavidad, de suerte que lograron una paz profunda, amistades y trato de unos con otros. Pues bien, entonces es cuando, al fin, en los comienzos del Imperio romano y por medio de un hombre que en nada difería de nuestra naturaleza en cuanto a la sustancia corporal, se manifestó a todos los hombres y a todas las naciones esparcidas por el mundo dándoles por preparados y dispuestos ya para recibir el conocimiento del Padre...²¹

Antes que estos tres testimonios (autor anónimo de *A Diogneto*, Orígenes y Eusebio de Cesarea) era Hipólito quien, a comienzos del s. III, entendía lo siguiente acerca de la historia previa a la Encarnación, cf. *Sobre el Anticristo* 4:

En efecto, ya que el *Logos* estaba sin carne vistió la santa carne procedente de la santa virgen como el esposo el manto, habiéndolo terminado de tejer en la pasión de la cruz, de modo que una vez adherido nuestro cuerpo mortal a su fuerza y mezclado lo corrupto con lo incorrupto, lo débil con lo fuerte, pudiera salvar al hombre perdido. Por consiguiente, el palo del telar (mástil) del Señor es como la pasión que tuvo lugar en la cruz, el hilo, la fuerza del Espíritu Santo que hay en Él, la trama, como la santa carne entretejida con el Espíritu, el hilo de la trama, el don que viene del amor de Cristo que abraza y aún a los dos en uno, la lanzadera, el *Logos*, los obreros son los patriarcas y profetas que tejen el bello manto talar y perfecto de

²⁰ Texto griego en *Gegen Celsus*, ed. P. Koetschau [GCS Orígenes I], Leipzig 1899, pp. 275-276; traducción española por D. Ruiz Bueno, en *Orígenes. Contra Celso*, [BAC 271], Madrid ³2001, pp. 243. 244.

²¹ *Eusebio de Cesarea. Historia eclesiástica*, vol. I, ed. A. Velasco Delgado [BAC 349], Madrid, 1997, pp. 13. 14. 15.

Cristo, por medio de los cuales el Logos, pasando a modo de bola teje por su medio las cosas que quiere precisamente el Padre.²²

Recapitulando estos cuatro testimonios, cabría responder que la aparente incuria de Dios en no acudir a *reformar* antes al hombre por medio de la encarnación del Verbo responde a varios motivos. En realidad, Dios ni abandonaba al hombre a su pecado, ni menos aún lo aprobaba. Dios ejercitaba su paciencia, generando de este modo, a través de una situación penosa, la apertura del hombre a Dios. Sólo así el hombre se percataría de su natural incapacidad de salvarse y se abriría a una salvación que, ahora, en tal situación de pecado, se habría de presentar al hombre con tanto mayor asombro. Dios venía a salvar lo que el hombre daba ya por perdido. Así piensa el autor de *A Diogneto*.

Por otro lado, Orígenes y Eusebio son más bien partidarios de ver en toda la historia precedente a la encarnación una historia de preparación. De la dicha original, los hombres cayeron en situaciones muy degeneradas. Salieron costosamente, gracias a la misericordia del Verbo que iba legando sus palabras a los pocos hombres dignos de ello. Entre ellos resplandece Moisés y, más adelante, los profetas. El aparente retraso de Dios no es tal. Era el hombre el que, envuelto en maldades, era incapaz de acoger a Dios. Dios usará de paciencia e irá gradualmente conduciendo a la humanidad a un estadio superior de vida a través de la Ley del Antiguo Testamento. Con todo, pocos serán capaces de corregir con entera pureza y amor a la verdad. Cristo, pues, *reformaba* a los hombres a través de aquellos *reformadores* como eran los hombres justos, Moisés y los profetas. De menos a más, la reforma decisiva se logrará con el advenimiento de Cristo, superior por su *reforma* a la de los justos del Antiguo Testamento: con Él llega la salvación a todos los hombres, y no sólo al pueblo de Israel.

Por último, conforme al texto de Hipólito, el tiempo que medió entre la creación y la llegada en carne de Cristo se explicaría no sólo en relación con el pecado y la degeneración que provocan un tiempo de conversión (como en Orígenes y Eusebio), sino, sobre

²² Texto griego en *Ippolito. L'Anticristo* 4, 1-2, ed. E. Norelli [Biblioteca Patristica 10], Firenze 1987, pp. 70. 72. El buen conocedor de Hipólito, A. Zani, *La cristologia di Ippolito*, Brescia 1984, p. 31 dice: «María es el momento conclusivo de un itinerario iniciado desde el Antiguo Testamento, a lo largo del cual la carne asumida por el Logos ha sido plasmada y modelada progresivamente».

todo, en razón del tiempo de preparación necesario para que la carne (el hombre) pudiera estar madura para la unión personal con el Verbo. La *reforma* en este caso vendría a ser no tanto un hecho concreto y definido después de un gran silencio de siglos y motivado por la degeneración progresiva de los hombres, sino el momento culminante en el que se dispuso la unión hacia la que miraba toda la creación: la del Verbo con la carne que, una y otra vez, había sido reformada, trabajada en el telar de la historia.

Otro puerta abierta a la crítica de los de fuera podría venir por cuestionar el cuándo de la *reforma* obrada en persona por el Verbo sino el cómo: ¿por qué tuvo que *encarnarse*? Quien fue poderoso para crearlo todo, ¿no pudo después renovarlo sin necesidad de *encarnarse*?

Respondía, por ejemplo, el autor de *A Diogneto* VII, 3-6:

¿Lo hizo, como una mente humana podría pensar, para implantar la tiranía, el miedo y el espanto? No, sino que lo envió con dulzura y mansedumbre (ἐν ἐπιεικείᾳ καὶ πραότητι), como un rey que envía a su hijo rey; lo envió como Dios; lo envió como convenía a los hombres (ὡς πρὸς ἀνθρώπους); lo envió para salvar, para persuadir y no para violentar. En efecto, la violencia no es propia de Dios (βία γὰρ οὐ πρόσσεστι τῷ θεῷ). Lo envió para llamar, no para acusar; lo envió para amar, no para juzgar. Un día lo enviará para juzgar, y ¿quién soportará entonces su venida?...²³

Semejante esta vez Orígenes, *Contra Celso* IV, 3:

... y, por el advenimiento de Cristo, endereza por medio de la doctrina cristiana, no a los que se niegan a aceptarla, sino a los que se determinan a vivir vida superior y agradable a Dios. Yo no sé qué linaje de enderezamiento o reforma (ἐπανόρθωσιν) desea Celso cuando hace esta pregunta: «¿Es que no le era posible enderezarlo por su poder divino, si no enviaba expresamente a alguien para este menester?» ¿Acaso quería Celso que la corrección se hiciera apareciéndose Dios a los hombres, quitándoles de golpe la maldad e implantando en ellos la virtud? Que otro averigüe si esto concuerda con la naturaleza y si es posible; por nuestra parte, digamos que la cosa sea posible. ¿Dónde estaría entonces nuestro libre albedrío? ¿Dónde la alabanza por abrazar la virtud, y la loa por repudiar la mentira? Mas dado que eso se conceda, que sea posible y cosa conveniente, ¿por qué no había de preguntar alguien con más razón de forma absoluta, diciendo como Celso si no sería posible para Dios crear a los hombres por su poder divino sin que tuvieran necesidad de corrección, buenos y perfectos de suyo, sin que la maldad existiera en absoluto? Parejas preguntas pueden inquietar a ignorantes e incapaces, no al que sabe penetrar la naturaleza de las cosas. Y es así que,

²³ Texto griego en *A Diognète*, p. 68; tr. esp., *Padres Apostólicos*, p. 564.

si a la virtud se le quita su carácter de voluntaria (τὸ ἐκούσιον), se la despoja de su misma esencia (τὴν οὐσίαν).²⁴

Entienden ambos autores que sólo la encarnación respetaba la índole racional y libre del hombre. Un Dios impuesto no habría reformado al hombre, sino a un bruto. Al hombre Dios le reforma dulce y mansamente llamándolo, persuadiéndolo, amándolo. Más aún, la imperfección congénita del hombre posibilita el crecimiento libre hacia la virtud. Dios, en su bondad, no dejará nunca de enviarle ocasión de *reformarse* al hombre, pero jamás se impondrá con violencia.

Pero la novedad y grandeza de la *reforma* introducida por Cristo, con su encarnación, ¿se debe tan sólo a una mayor extensión de los destinatarios? El mensaje reformador que antes se dirigía a unos pocos, ahora se dirige al género humano en su totalidad. ¿Radica ahí la excelencia de Cristo con respecto a los profetas? No. Radica en que él es el *salvador, reformador, Dios en persona* que vino como hombre a dar cumplimiento a lo anunciado por los profetas; radica, por otro lado, en que en él, en su *tierra*, a partir de la resurrección y ascensión se han hecho plenamente reales las promesas hechas a Adán, de las que hablaba Fírmico Materno (cf. *supra*, al comienzo). Él es el hombre nuevo, perfectamente reformado. El Hijo, que como Dios era la Imagen y tenía la plenitud del Espíritu, que es Semejanza, ha llevado su carne hasta la misma altura. Vivir humanamente como *hijo de Dios*, igualado en todas sus cualidades a Dios, sin dejar de ser *tierra*: ése es el objetivo de la *reforma* paciente que persigue Dios a lo largo de la historia.

En cualquier caso, el tiempo y modo de la Encarnación, lejos de suponer un descuido de Dios, responden a un deseo antiguo e ininterrumpido de Dios por *reformar* a los hombres, manifestado a través de los justos del Antiguo Testamento y obrado con plena eficacia sólo en el momento en que el hombre, preparado y persuadido por Dios, podía acoger libremente tal renovación, tal *reformatio*, es decir, *cuando llegó la plenitud de los tiempos* (Ga 4, 4).

4. LA REFORMA DE LA IGLESIA SANTA

Al principio, veíamos que lo que el Espíritu había obrado en la carne de Cristo lo quiere hacer después en todos los hombres, con

²⁴ Texto griego en *Gegen Celsus*, p. 276; tr. esp. *Contra Celso*, pp. 243-244.

eficacia para resucitar a los justos del Antiguo y Nuevo Testamentos, recreándolos a su imagen y semejanza. Este es el sentido de la efusión que comenzó a difundirse en Pentecostés dando manifestación visible a la Iglesia, es decir, a la reunión de los hombres que viven confesando a Cristo y habiendo recibido el don de la vida nueva. La renovación del hombre en Cristo se transmite a los demás en la Iglesia, cuerpo de Cristo.

Se expresaba así un Padre de la Iglesia hispánica que delata una acusada influencia de Ireneo, Tertuliano y Novaciano; me refiero a Gregorio de Elvira, del s. IV, en su *Homilía XX*, 11:

Fue, pues, necesario que el Espíritu Santo viniera primero a aquel hombre, del que se había vestido el Verbo de Dios, y así, por medio de él, como desde la fuente de sus virtudes, se desbordase también hasta nosotros, al ser distribuida la gracia del mismo Espíritu; porque tanta virtud del Espíritu Paráclito no podía habitar en un cuerpo humano, si antes no se hubiese habituado a la carne del Hijo de Dios; y así, una vez acostumbrado a venir al Hijo de Dios, permaneciera desde entonces en el hombre y se hiciera presente en toda carne bautizada en Cristo. Y, por eso, en Cristo sobrevino toda la plenitud del Espíritu Santo, porque Él es el cuerpo íntegro de toda la Iglesia; pero en nosotros, que somos contados entre sus miembros, se nos han distribuido los dones o carismas del mismo Espíritu en particular, de modo que, con la pregustación de esas gracias, como de la fuente de los dones y de las obras que es Cristo, llegasen hasta nosotros las corrientes del mismo Espíritu.²⁵

Cristo, en Pentecostés, es constituido fuente de todas las virtudes. En él, en su carne, se acostumbró la plenitud del Espíritu a convivir con el hombre y viceversa. Como tal es el *cuerpo íntegro de toda la Iglesia*. Pentecostés dilata lo vivido *personalmente* por Jesús, desde la Encarnación hasta la Ascensión, y lo extiende *eclesialmente* para que todos los hombres, participando de esa fuente, lleguen en comunión hasta el mismo fin. Continúa san Gregorio, *ibid.* 13:

Este es, digo, el Espíritu que por el agua realiza el segundo nacimiento, siendo semilla de estirpe divina y consagrador del nacimiento celeste, el Espíritu que nos hace templo de Dios y nos convierte en morada santa, que intercede por nosotros ante Dios con gemidos inefables, cumpliendo las funciones de consolador y ejerciendo los oficios de defensor; nos ha sido dado para que habite en nuestros cuerpos; ha sido hecho testigo de santidad, al llevar nuestros cuerpos a la divinización y a la inmortalidad de la resurrección, acostumbrándonos a mezclarse con la Virtud divina y a unirse con el Espíritu del Dios eterno.²⁶

²⁵ Gregorio de Elvira, *Tratados sobre los libros de las Santas Escrituras*, ed. J. Pascual Torró [Fuentes Patristicas 9], Madrid 1997, pp. 442-445.

²⁶ Gregorio de Elvira, *Tratados*, pp. 444-447.

El que participa de esta vida lo hace dentro de la Iglesia, que es la reunión de todos los hombres, sin distinción alguna, que responden con fe, *ibid.* 18:

Éste es, digo, el Espíritu que en este día, el día de Pentecostés, fue enviado por Dios a la Iglesia, el que no hace distinción de edad, ni separación de sexos, ni acepción de personas, sino que se entrega y se da a cada uno según el mérito de su fe, porque no elige la edad o la persona, sino el alma, a la que se entrega de buen grado.²⁷

La disposición para recibir tal Espíritu ha de ser congrua, *ibid.* 20-21:

Así pues, para recibir este Espíritu, amadísimos hermanos, hemos de preparar nuestra alma y nuestra mente con toda santidad y justicia; porque es delicado y puro y no habita, como está escrito, *en un cuerpo esclavo de pecados* (Sb 1, 4), busca para sí una casa siempre pura y sin fingimiento, donde, desde el momento en que la habite, convertirá aquel cuerpo en templo de Dios. Los apóstoles, finalmente, confirmados por este Espíritu, no temieron ni la cárcel ni las cadenas por el nombre de Cristo, teniendo en sí los dones que este mismo Espíritu distribuye y confiere como ornato a la Iglesia, esposa de Cristo; en la Iglesia Él instruye a los profetas, enseña a los maestros, otorga el don de lenguas, concede el poder de curación, realiza obras maravillosas, ayuda en el gobierno, sugiere buenos consejos y acumula todos los demás dones, para que la Iglesia de Dios sea guardada perfecta en todo bajo la protección de este Espíritu.²⁸

Las líneas entresacadas de Gregorio reflejan bastante bien la actitud fundamental de los Padres de la Iglesia que acentúan los aspectos novedosos de la vida del creyente. Atrás quedaba la vida de pecado, el bautizado se había decidido a caminar por la senda de la vida y rechazado el camino de las tinieblas. Es cierto que en el mundo el cristiano tendrá aseguradas las luchas, las cárceles y las cadenas —como indica Gregorio—, pero todas estas adversidades no harán sino configurarlo más con el cuerpo limpio y puro de Cristo. Tal era, por ejemplo, el pensamiento de Ignacio de Antioquía que recoge y amplía Ireneo, *Adversus Haereses* V, 28, 4:

Y por eso, en todo tiempo, el hombre modelado al principio por las manos de Dios —esto es, el Hijo y el Espíritu— es hecho a imagen y semejanza de Dios: excluida la paja, esto es la apostasía, y recogido en el granero el trigo (cf. Mt 3, 12; Lc 3, 17), esto es los que con la fe fructifican delante de Dios. La tribulación es, según eso, necesaria para los que se salvan: a fin de que, contritos y afinados y amasados de algún modo con el sufrimiento por el Verbo de Dios, y cocidos al fuego, sean idóneos para el festín del rey. Ya lo había dicho uno de los nuestros, condenado a las fieras por el testimonio

²⁷ Gregorio de Elvira, *Tratados*, pp. 448-449.

²⁸ Gregorio de Elvira, *Tratados*, pp. 448-451.

de Dios (Ignacio, *A los Romanos* 4, 1): 'Soy trigo de Cristo, y por dientes de fieras me veo moler, a fin de ser pan limpio de Dios'.²⁹

El cristiano es consciente, por consiguiente, de las dificultades que le vendrán de fuera: persecuciones, herejías, etcétera. Todo esto no contribuye sino a hacer más resplandeciente el rostro y la misión de la Iglesia. Ahí lo confirma en unas hermosas líneas san Ireneo, *Adversus Haereses* III, 17, 2:

Este don de Dios fue confiado a la Iglesia, así como el sople de vida al hombre plasmado, para esto, a saber, para que todos los miembros que lo reciban sean vivificados; y en tal don fue depositada la comunión con Cristo, o sea, el Espíritu Santo, las arras de la incorruptibilidad y la confirmación de nuestra fe y la escala de ascensión hasta Dios. Pues, *en la Iglesia*, dice, *puso Dios apóstoles, profetas, doctores* (1 Co 12, 28) y el resto de operaciones del Espíritu, de las cuales no participan todos los que no acuden a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida a causa de una opinión perversa y una conducta pésima. Pues donde está la Iglesia, allí también el Espíritu de Dios; y donde el Espíritu de Dios, allí la Iglesia y toda gracia. Y el Espíritu es Verdad.³⁰

Entonces, si tal es la existencia del cristiano dentro de la Iglesia y tal es la Iglesia, *toda gracia*, lugar del Espíritu, que es la *Verdad*, surge una pregunta: ¿Cabe reforma dentro de la Iglesia? ¿Cabe el pecado dentro de la Iglesia? Si pertenecer a la Iglesia es participar de la vida nueva del Espíritu, ¿qué más cabe *renovar*?

En realidad, estas cuestiones se las plantearon los cristianos desde los mismos comienzos de la Iglesia. En primer lugar, habría que distinguir entre reforma y reforma. No toda reforma proviene del pecado, como ya quedó visto antes (cf. *supra*, 1. *Cristo, reformador del hombre* [3]). Hay reformas, efectivamente, en las que sencillamente Cristo continúa su obra. El propio Gregorio de Elvira, al describir la vida del creyente dentro de la Iglesia, dice que los cuerpos han de ir *acostumbrándose* a mezclarse con la Virtud divina y con el Espíritu del Dios eterno. La Iglesia no se deja ver aún perfecta en su manifestación sobre la tierra. Perfecta ya en su cabeza, Cristo, aguarda el perfeccionamiento de los creyentes. Dicho perfeccionamiento, al margen ahora de cualquier pecado, se da no en un campo ético, sino en uno físico.³¹ La Iglesia, en efecto, se irá perfeccionando en la medida en que en todos los creyentes el

²⁹ Texto en A. Orbe, *Teología de Ireneo* III, pp. 190-199.

³⁰ Texto latino en *Irénée de Lyon. Contre les hérésies* III, ed. A. Rousseau y L. Doutreleau [Sources Chrétiennes 211], Paris 2002, pp. 472. 474.

³¹ Véase nota 12.

Espíritu vaya ganando en dominio sobre sus cuerpos hasta llevarlos a la plenitud de la vida en la resurrección.

La Iglesia está, por tanto, inacabada, en andamios. Un autor de entre los primeros fue especialmente sensible a este aspecto, se trata de Hermas. Su obra *El Pastor* se sitúa en un arco amplio entre finales del s. I y mediados del s. II. Llevado por el lenguaje apocalíptico aficionado a las visiones deja caer elementos valiosos para nuestra indagación. Nos detendremos con la visión acerca de la Iglesia como una torre en construcción. Merece la pena citarla entera, *Visión III*, 2, 4-8:

«Mira, ¿no ves delante de ti una gran torre que se construye sobre las aguas con brillantes piedras cuadradas?» En un cuadrilátero la torre era construida por los seis jóvenes que habían venido con ella. Otras miríadas de hombres acarrearán piedras, unos del abismo, otros de la tierra; y se las entregaban a los seis jóvenes. Estos las cogían y edificaban. Todas las piedras que sacaban del abismo las colocaban tal cual en la construcción, pues eran adecuadas y se ajustaban por la juntura con las otras piedras. Y de tal manera se unían unas a otras que no se veían sus juntas. La construcción de la torre aparecía como si estuviese edificada con una sola piedra. En cuanto a las piedras que llevaban de la tierra, unas las tiraban y otras las colocaban en la construcción. Pero otras las destruían y arrojaban lejos de la torre. Muchas otras piedras había alrededor de la torre, pero no les servían para la construcción...³²

Y más adelante da la explicación, *ibid.* 3, 5; 5, 1-5:

Por tanto, escucha por qué la torre es construida sobre el agua: porque vuestra vida fue salvada y se salvará por el agua. La torre está cimentada en la palabra del Nombre todopoderoso y glorioso, y es fuerte por el poder invisible del Señor. [...] Ahora escucha lo relativo a las piedras que son acarreadas para la construcción. Las piedras cuadradas y blancas que se ajustaban por sus juntas son los apóstoles, los obispos, los maestros y diáconos que han caminado según la santidad de Dios, han ejercitado el episcopado, han enseñado y servido pura y santamente a los elegidos de Dios: de aquéllos unos han muerto y otros viven todavía. Siempre estuvieron de acuerdo entre sí, conservaron la paz entre ellos y se escucharon mutuamente. Por ello, en la construcción de la torre se ajustan sus juntas. «¿Quiénes son las piedras que, sacadas del abismo y colocadas en la construcción, se ajustaban en sus juntas con las otras piedras ya edificadas?» «Ésos son los que han padecido a causa del Nombre del Señor.» Dije: «Señora, quiero saber quiénes son las otras piedras que son traídas de la tierra.» «Las que son acarreadas para la construcción y no son talladas, a éstos el Señor los probó porque caminaron en la justicia del Señor y se mantuvieron firmes en sus mandamientos.» «¿Quiénes son las piedras acarreadas y colocadas en la construcción?» «Son los jóvenes en la fe y los creyentes. Son amones-

³² Hermas, *El Pastor*, ed. J.J. Ayán Calvo [Fuentes Patrísticas 6], Madrid 1995, pp. 86-87.

tados por los ángeles para que obren bien, a fin de que no se halle en ellos maldad». «¿Quiénes son aquéllos a los que arrojaban y tiraban?» «Ésos son los que han pecado y quieren arrepentirse. Por eso no son arrojados lejos de la torre, porque serán útiles para la construcción si se arrepienten. Así, los que se arrepientan, si se convierten de verdad, serán fuertes en la fe si se convierten ahora que la torre se está edificando; pero si la construcción se acaba, ya no tendrán lugar, sino que serán expulsados. Sólo podrán permanecer junto a la torre».³³

La torre se construye sobre el agua porque la vida de los cristianos fue salvada y se salvará por el agua (cf. *Visión* III, 3, 5). La torre es sostenida por una potencia invisible (ὑπό τῆς ἀοράτου δυνάμεως), por la palabra del Nombre todopoderoso y glorioso. La torre de la Iglesia, en definitiva, no puede tener otro fundamento distinto de Cristo (cf. 1 Co 3, 11) ni puede recibir otra potencia distinta del Espíritu que se derrama con el agua del bautismo sobre cada cristiano (cf. Jn 3, 5).

Las piedras pueden ser clasificadas según la proveniencia en tres tipos: las que están en el origen junto con la torre que viene fundamentada sobre el agua; las que proceden del abismo y las que proceden de la tierra. Las del abismo son los *mártires*; las de la tierra se distinguen, a su vez, en varios tipos: los que se mantuvieron *firmes* (piedras válidas, pero no talladas); los creyentes *recién llegados* (piedras colocadas); los que se *arrepienten* (piedras arrojadas cerca y después de nuevo aprovechadas); los que *no se arrepienten a tiempo* (piedras arrojadas cerca que quedarán al lado de la torre, pero fuera).³⁴

Ahora bien, interesa, sobre todo, el primer tipo las cuadradas y blancas que venían con la torre edificada sobre agua. Éstas son los *apóstoles, obispos, maestros y diáconos* que han vivido en santidad, han ejercido su *episcopado, enseñado y servido* a los santos y elegidos de Dios. De ellos dice Hermas que siempre anduvieron en armonía unos con otros (πάντοτε ἑαυτοῖς συνεφώνησαν); conservaron la paz y se escucharon unos a otros. Estas piedras están perfectamente ajustadas en la torre, sobre ella grava todo el peso de las otras restantes y son, a su vez, medida y orientación para las demás. Las que son talladas deben ajustarse a estas que ya lo estaban. Los mártires, por ejemplo, —dice Hermas— *se ajustaban en sus junturas con las otras piedras ya edificadas*.

³³ Hermas, *El Pastor*, pp. 88-93.

³⁴ Hay además otros tipos de piedras sobre las que sigue discurriendo Hermas a continuación, cf. *Visión* III, 6, 1ss.

Uno podría entender la simbología de modo cronológico, es decir, estas primeras piedras cuadradas y blancas (*apóstoles, obispos, maestros y diáconos*) precedieron a las talladas que se ajustaron sin problemas (*mártires*), los cuales vinieron antes que las válidas sin tallar (*justos firmes en la fe*), etcétera. Sin embargo, un tal se percataría enseguida de la impropiedad de esta comprensión. No vinieron los mártires después de todos los obispos, ni los justos después de aquellos dos, sino que, en todo momento, la Iglesia fructifica en pastores, mártires, justos, pecadores... La primacía de las piedras cuadradas y blancas no es, pues, de orden cronológico sino de otro tipo.

El propio Hermas puntualiza: *de aquéllos* [obispos, maestros y diáconos] *unos han muerto, y otros viven todavía*. En este punto creo yo radica lo más importante. Hay una serie de piedras que pertenecen a la Iglesia y que sirven de patrón para todas las restantes, sirven de *forma* a la que conformarse. Estas piedras no pertenecen sólo al *pasado*, estas piedras están siempre vivas en la Iglesia en aquéllos que son los obispos, maestros y diáconos. Éstos son los que —con terminología posterior a Hermas— están encargados de *custodiar la sucesión apostólica*.

Cualquier piedra —cristiano— que se añada a la torre, cualquier época o generación que se añada habrá de descansar sobre las aguas (vida del Espíritu, a través del bautismo), de creer en el nombre de Jesucristo y de participar de su potencia invisible, y también ajustarse a la forma indicada por los custodios de la tradición apostólica, cuyo carisma es, precisamente, el de la comunión y sinfonía mutua, *siempre estuvieron de acuerdo entre sí*.

No vale, entonces, cualquier obispo, presbítero —maestro— o diácono por sí solo para patrocinar una reforma, sino sólo aquéllos que vivieron santamente, ejercieron puramente su ministerio y vivieron en concordia mutua, o sea, sólo aquellos que estaban dentro de la tradición que guardaban. Ireneo no esconde, por ejemplo, que existan pastores que son tales sólo en apariencia, pero que, en realidad, están fuera de la sucesión apostólica en virtud de su hipocresía y vanagloria, cf. *Adversus Haereses* IV, 26, 2:

A los demás, que se apartan de la sucesión (apostólica) de origen, y recogen de cualquier parte, conviene mirarlos con suspicacia: o como herejes... como cismáticos... o también como hipócritas que van en busca de lucro y vanagloria. Todos éstos decaen de la verdad.³⁵

³⁵ A. Orbe, *Teología de Ireneo* IV, [BAC 53], Madrid 1996, p. 377.

Y más adelante explicita, cf. *ibid.* IV, 26, 3-4:

Mas los que a juicio de muchos pasan por presbíteros, son esclavos de placeres, y, lejos de gobernarse en su interior por el temor de Dios, ultrajan a los demás y se enorgullecen hinchados por el puesto de mando, y obran mal a escondidas, y dicen (Dan 13,20): 'Nadie nos ve'. Serán confundidos por el Verbo, que no juzga según opinión (cf. Is 11,3), ni mira al rostro, sino al corazón (cf. 1 Sam 16,7)... Conviene por tanto apartarse en absoluto de tales individuos.³⁶

El concepto que estos cristianos tenían de *sucesión apostólica* era bien alto. Ireneo no entra a invalidar la predicación de unos presbíteros u obispos tales, ni tampoco sus celebraciones. Se limita a indicar que semejantes pastores no están en la sucesión apostólica y no conviene convivir con ellos. La misma necesidad tiene el fiel de adherirse a los que custodian *con toda su vida* la verdad como de apartarse de aquéllos que han decaído de ella. El carisma apostólico no actúa automáticamente.

¿Cabe entonces que la Iglesia se desvirtúe, pierda su pureza original, aunque incipiente, y deba volver por vía de *reforma* a la voluntad de Dios? ¿Cabe el pecado que deforme a la Iglesia desde dentro? Sí y no. Conviene distinguir. Cabe el pecado de todos los que la integran. Y desde muy pronto —como muestra Hermas— ya se planteó la cuestión de la *penitencia* postbautismal, decidiéndose la Iglesia por admitir el perdón de los pecados para aquellos cristianos que, una vez bautizados, hubieran cometido un pecado y se hubieran arrepentido.

El pecado puede sorprender a los miembros de la Iglesia. La Iglesia vive, por el momento, en tiempos de conversión y arrepentimiento y ha de aprovecharlo. La reforma llegará por doble camino: *arrepentimiento* de las personas y *configuración* de las mismas a la norma de la tradición apostólica, declarada por la unidad y armonía de los que la guardan.

Otros textos, más o menos contemporáneos de Hermas, también dan cabida al pecado y al arrepentimiento dentro de la Iglesia. Escojo éste que recuerda a uno de Teófilo, aducido más arriba a propósito de la reforma que Cristo se dispuso a hacer con Adán pecador. Se trata de un párrafo de la llamada *Segunda Carta de Clemente a los Corintios* (que es, en realidad una homilía anónima). Dice, en efecto, en VIII, 1-2:

³⁶ A. Orbe, *Teología de Ireneo IV*, pp. 379-380.

Por tanto, mientras que estemos en la tierra, arrepintámonos. Pues somos barro en la mano del Artifice. Como el alfarero, cuando modela un vaso y éste se tuerce o se rompe en sus manos, lo vuelve a modelar de nuevo (*ἀναπλάσει*), pero si ya lo ha echado al horno de fuego, ya no lo puede arreglar, así también nosotros, mientras estemos en este mundo, arrepintámonos de todo corazón de todas las maldades que cometimos en la carne, para que seamos salvados por el Señor mientras tenemos tiempo de conversión.³⁷

Y más adelante en XVI, 1:

Hermanos, puesto que hemos alcanzado una gran ocasión para arrepentirnos y tenemos tiempo, convirtámonos a Dios que nos ha llamado mientras aún tengamos quien nos reciba.³⁸

El mismo autor exhorta a los fieles a adherirse a la verdadera Iglesia, XIV, 1:

Así, pues, hermanos, si hacemos la voluntad de nuestro Padre Dios, seremos de la Iglesia primera, la espiritual, la que fue creada antes que el sol y la luna. Pero si no hacemos la voluntad del Señor, seremos de la Escritura que dice: *Mi casa se convirtió en una cueva de bandidos* (Jr 7, 11). Así pues, escojamos ser de la Iglesia de la Vida para salvarnos...³⁹

Se puede pertenecer a la Iglesia visiblemente y, en realidad, formar parte de una turba de bandidos.⁴⁰ La Iglesia, pues, ha de vigilar constantemente para no contentarse con haber recibido el don del bautismo, sino al mismo tiempo hacer *la voluntad del Señor*. La Iglesia primera, la espiritual, la de la Vida, la que fue pensada por Dios antes de la creación del mundo es la que está por realizarse en la historia y aún no ha llegado a su plenitud, de ahí brota una primera necesidad de continua *reforma* (cf. apartados 1 y 2 *supra*). A esto se añade el pecado de los cristianos, de los *hermanos* (a los que alude el homileta) que pueden corromper el cuerpo de Cristo y convertirlo para sí en una cueva de bandidos, de ahí otra razón más para estar atentos a la reforma que surge del *arrepentimiento*.

³⁷ *Homilía Anónima (Secunda Clementis)*, ed. J.J. Ayán Calvo [Fuentes Patristicas 4], Madrid 1994, pp. 186-187.

³⁸ *Homilía Anónima*, pp. 202-203.

³⁹ *Homilía Anónima*, pp. 196-197.

⁴⁰ Cf., por ejemplo, Hipólito cuando habla de los que son cristianos sólo de nombre y, en realidad, no lo son y persiguen desde dentro a los justos, cf. Hippolyte, *Commentaire sur Daniel I*, 21, ed. M. Lefèvre [Sources Chrétiennes 14], Paris 1947, p. 111. Puede cotejarse también H.U. von Balthasar, *Casta meretrix*, en *Sponsa Verbi. Skizzen zur Theologie II*, Einsiedeln 1961, pp. 257ss.

Ahora bien, precisamente este último texto citado nos pone en la pista de perfilar más la respuesta. En efecto, en otro sentido *no* hay lugar para la reforma en la Iglesia, en la medida que ésta es la casa de la Vida, la Iglesia primera, espiritual, cuerpo glorioso de Cristo. No cabe pecado en la estructura de gracia que nace de lo que ya es perfecto: el cuerpo glorioso de Cristo. Por eso no cabe pecado en la tradición apostólica. No cabe reforma en la configuración de dicha tradición, o dicho de otro modo, toda reforma será una exigencia de la fidelidad a dicha tradición. Las piedras —según Hermas— son talladas para adecuarse perfectamente a las junturas de aquéllos que han transmitido y custodiado la doctrina apostólica. Ireneo no deja lugar a dudas respecto a los apóstoles, cf. *Adversus Haereses* III, 1, 1:

En efecto, el Señor de todos dio a sus apóstoles la potestad del Evangelio, por medio de los cuales conocimos también la Verdad, es decir, la doctrina del Hijo de Dios. A ellos el Señor dijo: *El que a vosotros oye a mí me oye, y el que os desprecia a mí desprecia y a aquél que me ha enviado* (Lc 10, 16). Pues no por otros conocimos la disposición de nuestra salud sino por aquéllos, por quienes llegó hasta nosotros el Evangelio: el cual, ciertamente, pregonaron entonces, pero después, por voluntad de Dios, nos lo transmitieron en las Escrituras, a fin de que fuera fundamento y columna de nuestra fe. Y no es lícito decir que [los apóstoles] predicaron antes de tener un conocimiento perfecto (*perfectam agnitionem*), como algunos se atreven a decir, gloriándose de ser corregidores de los apóstoles (*emendatores esse apostolorum*). En efecto, después de que resucitó nuestro Señor de entre los muertos y se revistieron, gracias al Espíritu Santo que les sobrevino, con poder de lo alto, se llenaron acerca de todo y obtuvieron un conocimiento perfecto (*perfectam agnitionem*); salieron a los confines de la tierra, evangelizando las buenas nuevas que llegan hasta nosotros procedentes de Dios, anunciando la paz del cielo a los hombres. Fueron ellos los que, todos por igual y cada uno en particular (*et omnes pariter et singuli eorum*), tenían el Evangelio de Dios.⁴¹

Hay quien no contento con reformar la tradición, reforma y corrige a los mismos apóstoles, ignorando que fueron asistidos por el Espíritu, una vez que en el cielo existía ya el Verbo como perfecto Dios y perfecto hombre enviándoles la Fuerza de lo alto. Los apóstoles son *irreformables*, irreprochables y perfectos en su predicación. Lo son todos y cada uno, es decir, gozando de un conocimiento proporcionado y no repartido, donde el todo está en el conjunto y en cada una de las partes. El testimonio coral pasa a las iglesias por ellos fundadas donde queda íntegra y puramente conservado, a modo de depósito, el Evangelio de Dios, transmitido en las Es-

⁴¹ Texto latino en *Irénee de Lyon. Contres les hérésies* III, pp. 20. 22.

crituras y razón de ser de la Iglesia (cf. otros muchos lugares de la obra de Ireneo, por ejemplo, *Adversus Haereses* I, 10, 1. 2; III, praef.; 3, 3; 4, 1, etcétera).

No hay acceso al Evangelio más que por la puerta apostólica. No hay tampoco lectura sin fraude de la Escritura más que de la mano de los apóstoles y sucesores. Cualquier intento de reforma apoyado en *lo escrito* como si fuera accesible al margen de la tradición (tal es el caso de Marción)⁴² traiciona la naturaleza íntima de la Iglesia apostólica.

¿Se puede precisar más? Hay textos que lo permiten. En particular, unas líneas muy célebres del III libro del *Adversus Haereses* de Ireneo. El santo obispo de Lyon está a punto de enumerar la lista de sucesiones de todas las iglesias, ante la imposibilidad de hacerlo, escoge presentar la sucesión de la Iglesia de Roma, Iglesia máxima, antiquísima y conocida por todos y fundada y constituida por los dos apóstoles gloriosísimos Pedro y Pablo, en posesión de la tradición recibida de los apóstoles y conservada hasta los tiempos de Ireneo por la sucesión de los obispos. De ella dice en III, 3, 2:

pues con esta Iglesia [de Roma] a causa de su primacía más notable (*propter potentiorum principatitatem*) es necesario que cualquier iglesia esté de acuerdo (*convenire*)...⁴³

Aquéllos que estaban representados por las piedras cuadradas y blancas, a decir de Hermas, vivieron en santidad y *siempre estuvieron de acuerdo entre sí*, de donde se colige que estuvieron de acuerdo con la Iglesia de Roma, punto y centro de referencia, a causa de haber sido fundada, edificada e instruida por los gloriosísimos apóstoles mártires Pedro y Pablo, razón de ser de la hegemonía romana.⁴⁴ Como apóstoles representan el comienzo objetivo

⁴² Recuérdese el título de la tesis del joven Harnack defendida en diciembre de 1870 en la Facultad de Dorpat: *Marcion. Der moderne Gläubige des 2. Jahrhunderts, der erste Reformator*. Ha sido publicada recientemente, cf. *Adolf Harnack: Marcion. Der moderne Gläubige...*, ed. F. Steck [Texte und Untersuchungen 149], Berlin 2003.

⁴³ Traducción del texto latino de *Irénée de Lyon. Contre les hérésies* III, p. 32.

⁴⁴ No es este el momento de explicar por qué Pedro y Pablo constituyen la causa que otorga un relieve especial a la Iglesia de Roma por encima de todas. Con todo, puede verse el hermoso comentario que, como es habitual en él, hace de este pasaje E. Lanne, *L'Eglise de Rome «a gloriosissimis duobus apostolis Petro et Paulo Romae fundatae et constitutae ecclesiae»* (AH III, 3, 2), en *Irénikon* 49 (1976), pp. 275-322, publicado también en

de la Iglesia y su fundación, como *mártires* llevan ellos mismos a cumplimiento lo que anuncian, con el supremo testimonio de la *caridad* (que es el *martirio*). Por lo primero: piedras blancas y cuadradas perfectas en sus junturas sin fisuras; por lo segundo: piedras ya talladas, talladas por el *martirio* y ajustadas perfectamente con las primeras (apóstoles y sucesores). En cualquiera de ambos casos piedras *reformadas* a la medida de Cristo, fundamento de la torre.

Esta sinfonía de todas las Iglesias, este acuerdo en torno a Pedro y Pablo y sus sucesores, en una palabra, la unanimidad de la Iglesia se convertirá, para san Ireneo, en el criterio de todo intento de reforma.⁴⁵ La reforma que termine liderando un cisma ella misma se delata por la falta de amor hacia la Iglesia a la que arruinan. Las líneas de Ireneo son cristalinas en *Adversus Haereses* IV, 33, 7:

... inanes [los cismáticos] por no tener amor de Dios, más atentos a su propia utilidad que a la unidad de la Iglesia. Por menudas y cualesquier causas desgarran y dividen el grande y glorioso Cuerpo de Cristo, y por su parte le dan muerte. Hablan de paz y hacen guerra, 'filtran de veras el mosquito y se tragan el camello' (Mt 23,24); porque ninguna reforma pueden ellos entender que compense la ruina del cisma.

5. CONCLUSIONES

Si recapitulamos lo expuesto hasta ahora, cabría decir que, según el espíritu de los primeros siglos, toda reforma dentro de la Iglesia ha de encuadrarse en una historia de salvación más amplia que podría describirse asimismo como la historia de una larga y

Id., *Tradition et communion des Églises* [BETL 129], Leuven 1997, pp. 101-138.

⁴⁵ Urge precisar que en los orígenes del cristianismo unanimidad no se identifica, en absoluto, con uniformidad. El único aliento del Espíritu (*unanimidad*) no deja de generar en la Iglesia formas variadas y múltiples (*actividad multiforme*), todas ellas efímeras y pasajeras, y que encuentran su sentido en la medida en que van conduciendo a los creyentes hacia la configuración definitiva con Cristo resucitado. Nada más lejos de Ireneo que pretender someterse en todo al sucesor de Pedro con el pretexto de la principalidad romana. No lo querría tampoco el buen sucesor de Pedro. Y que todo esto no es mera abstracción se comprueba a raíz del incidente en torno a la fecha de Pascua en el que Ireneo exhortó a Víctor, obispo de Roma, a admitir que *el desacuerdo* en las formas *confirma el acuerdo en la fe*, cf. Ireneo *apud* Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica* V, 24, 11-18, vol. I, ed. A. Velasco-Delgado [BAC 349], Madrid ²1997, pp. 335-337.

paciente reforma. A lo largo de ella, Dios Padre se propuso por medio de su Hijo conferir la Forma divina al hombre hecho del barro de la tierra. *Propio de Dios será formar y reformar al hombre; propio del hombre será siempre ser formado y reformado por Dios.*

Vista así la reforma no se origina a causa de una deformación o pecado, sino más bien, la reforma se presenta necesaria para llevar la primera e incipiente formación del hombre en Adán recién plasmado de tierra en el jardín hasta la última y perfecta formación del hombre en Cristo glorificado en carne en los cielos. *El hombre no dejará de ser reformado hasta que no llegue a ser en su cuerpo justo, puro e inmortal como Cristo glorioso.*

El encargado de tal reforma es Cristo mismo Reformador que, gracias al don del Espíritu otorgado al barro, lo dinamiza por dentro y por fuera transformándolo o —si se quiere— reformándolo continuamente hasta la medida de Dios. *No hay reforma, pues, sin fe en la actividad del Espíritu otorgado por el Hijo.*

Lo cierto es que Adán pecó por desobediente e introdujo nuevos motivos de reforma que permitieran devolver al hombre el conjunto de todas las promesas. Cristo no desdeñó para ello reformar lo deforme mediante la obediencia en el árbol, llevando adelante su obra, no sólo como Dios y desde fuera, sino como hombre y desde dentro, recogiendo y asumiendo las consecuencias del pecado que tuvo lugar en el origen. *La verdadera reforma no comienza nunca 'ex novo', sino que parte siempre de lo recibido y renueva lo viejo, asumiendo las consecuencias del pecado.*

La historia de la salvación nos enseña que no contento el género humano con el pecado de origen, agravó además su situación acostumbrándose a vivir como siervo y con el corazón endurecido. Nuevos motivos dio para la reforma venida del cielo. Dios les dio una Ley en todo acomodada a su situación deteriorada y se dedicó a revocar a los hombres por medio de la paciencia de los profetas. *La reforma de Dios es continua, ininterrumpida y en todo acomodada a los deterioros en que cae el género humano, sin forzar los tiempos de respuesta no deja de llamar amorosamente a la conversión.*

En toda esta historia la tierra de que fue formado el hombre le acompaña, solidaria con su destino, recibiendo ella también la acción transfiguradora de Dios. No puede el hombre abrazar como definitivo el mundo presente, los reinos y riquezas presentes, que Dios ha querido efímeros y pasajeros hasta establecerlos renovados e inmovibles. *Cuando Dios reforma al hombre, transforma*

también el mundo en el que vive; el hombre que se ata al mundo presente, congela su proceso de formación y abusa de la creación desfigurándola.

La Iglesia comienza a manifestarse a partir de Pentecostés como la casa de la Vida, el lugar del Espíritu, único lugar donde, por fin, el hombre puede llegar a alcanzar la Forma definitiva a imagen de Cristo. Dios sigue reformando al hombre dentro de la Iglesia con las mismas leyes con que lo creó y reformó a lo largo del Antiguo Testamento. La entrada en ella supone para el creyente una renovación íntegra de todo el hombre que va explicitándose a lo largo de la vida, pasando por la muerte, y alcanzando la resurrección. *La Iglesia conduce al hombre a la definitiva reforma por medio del bautismo y de la participación en la muerte y resurrección de Cristo.*

La Iglesia configura a los creyentes por medio del Evangelio de Dios, custodiado por los apóstoles y sucesores en comunión con la Iglesia fundada por Pedro y Pablo. Conviene distinguir entre pastores y pastores. Se precisa santidad de vida y comunión sinfónica con centro en Roma. No basta la apariencia para pertenecer a la sucesión apostólica. *La Iglesia se presenta perfecta e irreformable en la fe predicada, custodiada y transmitida en las Escrituras por los apóstoles y sucesores en comunión con la Iglesia de Roma. Ser sucesor de los apóstoles comporta santidad de vida y doctrina.*

La Iglesia puede convertirse en una cueva de bandidos. La debilidad e imperfección del hombre provoca el pecado del creyente incluso después del bautismo. El justo puede ser perseguido dentro de la Iglesia. Todo el tiempo previo a la muerte es tiempo de conversión, arrepentimiento y reforma. *La Iglesia se presenta en sus miembros reformable, inacabada y pecadora y, por eso mismo, tanto más llamada a la conversión y al arrepentimiento.*

Los intentos de reforma dentro de la Iglesia son vitales y han de ajustarse al modo de actuar de Dios: paciente, acomodado, ininterrumpido. Reformarse es ajustarse a las primeras piedras de los apóstoles, como hicieron los mártires. No hay mayor reforma que la que conduce a los creyentes a la comunión con los apóstoles y sucesores que viven santamente y en acuerdo mutuo. Y, por el contrario, no hay mayor ruina que un intento de reforma que rompa la unidad de la Iglesia. *El cisma es muerte para quien lo provoca. La verdadera reforma es paciente, martirial y conduce a la unidad.*

NAVASCUÉS, Patricio de, «Cristo, el hombre y la Iglesia bajo el prisma de la reforma. Algunas reflexiones patrísticas», *SPhV* 10 (2007), pp. 139-169.

RESUMEN

Este artículo analiza el concepto de reforma especialmente en la época patrística. Este análisis permite explicar la evolución de la Iglesia desde la época prenicena y con ella los elementos principales que configuran históricamente la tradición de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE: Reforma, patrística, historia de la Iglesia.

ABSTRACT

This paper discusses the concept of reform especially in the patristic era. This analysis can explain the evolution of the Church since the pre-nicene age and thus the main elements that make up the historical tradition of the Church.

KEYWORDS: Reform, Patristic, History of the Church.

